



Al Espíritu se le multiplica el trabajo

Todos sabemos cuál es el trabajo del Espíritu: dar GRATIS amor y por consiguiente regenerar los corazones de los hombres desde ese DON. ¿Hay, nos podemos preguntar, algún trabajo más sublime que éste?. Hemos de responder rotundamente que no. Sin embargo, lo tiene muy fastidiado en estos últimos tiempos. Por «aquí abajo» están sucediendo cosas muy raras y muy serias. Llevamos un tiempo en que las conversaciones de grupos que se reúnen en el bar a echarse una cerveza, o de aquellos que han coincidido en la plaza del centro o la periferia, o aquellos otros que les une una profesión determinada... tienen, más o menos, los mismos temas de opinión y diálogo: la corrupción, el cuarto supuesto del aborto, la política y los políticos, el CESID y unos pocos más. Lo malo de estos asuntos no está en hablar de este tema o de este otro, quizá lo realmente malo está en lo que hay por dentro, cuna y raíz de todos los males. Hagamos unas preguntas y reflexionemos. ¿A qué está respondiendo en el fondo todo este «tinglao» político-social que tenemos entre manos?, ¿Se puede decir que toda esta situación política es producto del azar, de la casualidad o de la improvisación? Creo que no, porque las cosas no suceden de la noche a la mañana y máxime si tienen el calificativo de «importantes». Por consiguiente, lo mismo que podemos afirmar con toda rotundidad que hay una situación política crítica y criticable en nuestro entorno geográfico con repercusiones en muchos ámbitos de nuestro país, también hay que afirmar con toda rotundidad que hay una situación política crítica y criticable en nuestro entorno geográfico

con repercusiones en muchos ámbitos de nuestro país, también hay que afirmar con la misma rotundidad que esta «enfermedad» no le ha cogido a todo el mundo, sino que es de un conjunto de personas muy señaladas y concretas que tienen su nombre y apellidos. Ahora bien, ¿podemos quedarnos tan conformes porque sabemos quienes tienen la culpa de esta situación?. ¿Es suficiente con señalar el dedo acusador de esta situación?. Creo que tampoco. Las «personas públicas», sobre todo porque no se representan a sí mismas, sino que representan a quienes les han votado y han confiado en ellos, tienen el deber no sólo de cuidar la imagen que puede ser bastante poco, sino sobre todo de dar «la talla humana» en una responsabilidad pública a la que únicamente se la puede dignificar si la persona la realiza con decoro, profesionalidad, entrega, verdad y servicio. En nuestro refranero popular solemos decir que «nadie da lo que no tiene». Y aquí, creo yo, está el problema. El corazón y la inteligencia puede ejercitarse para lo más elevado y para lo más rastrero. Lo primero engrandece a la persona y la coloca en la lista de «los grandes

hombres» que han aportado y contribuido con sus talentos al desarrollo de las personas y de los pueblos. A estas personas la historia les guarda un sitio preferencial y no los olvida convirtiéndolos en personas ilustres, héroes, mártires o santos y permanecen en la memoria y el alma del pueblo para siempre. Lo segundo es propio de personas «sin alma», «sin corazón», incapaces de alumbrar el camino de la historia y el camino de los hombres de su tiempo. Estos, aunque pasen a las páginas nefastas de la historia, no entrarán nunca en el alma del pueblo porque no han sabido respetar ni respetarse y su final sólo será apagarse sin llamar la atención, desaparecer lo más prudentemente posible o retirarse sin hacer ruido. En esto ya tienen su premio y su castigo. A pesar de todo, la persona no está perdida para siempre en el corazón de Dios. El corazón de Dios es tan grande que siempre nos echa una mano para regenerarnos y cambiarnos. Todos los hombres somos «imagen de Dios» y todos tenemos el deber de no afejar, no sólo al Origen, sino también a la imitación, pues nos ha creado «a imagen y semejanza suya». Dios cree en el hombre sin dudar, quizá el problema está en que el hombre no cree en sí mismo ni en los demás porque tampoco cree en Dios. Sin embargo, el Espíritu está dispuesto -como siempre- a trabajar «sin hora y sin día», ya que el trabajo - en estos últimos tiempos- se le ha multiplicado bastante más. Pero no importa, el Espíritu lo realiza siempre con alegría y paciencia. La esperanza no defrauda ni nos defrauda y en estos momentos a ella nos acogemos.

Marcos Arias

